Harina de otro costal

Silvia González

Image not found.

Capítulo 1

HARINA DE OTRO COSTAL

Como todos los años, llegó la esperada caja de Italia. La familia nos arremolinamos para quitar papel, cintas e hilos y revolver en el suculento contenido. Fueron apareciendo potes de mermelada, de salsas, de conservas, unos más pequeños, otros más generosos. Con sumo cuidado y más envueltos en mullidos embalajes, asomaron botellas con licores, con vinos, con el exquisito aceite de oliva. Los elixires con alcohol en pequeñas cantidades, pero la redoma de aceite de este envío era casi cuantiosa. Todo natural, casero, fruto del huerto y de los quehaceres gastronómicos de nuestros parientes lejanos. Al final, en el fondo de la caja y atada con una diminuta cinta negra, una cajita de cartón resistente, que contenía harina, integral sin dudas, porque no era de blanco inmaculado.

Fuimos ordenando todo. Papá, cual centinela, vigilaba que no nos hiciéramos con alguna botella que desbocara nuestra mente con sus poderes etílicos. De pronto, mamá pregunto: "¿Y la carta?" Siempre el envío contenía un gran sobre de papel madera, donde abuelos, tíos y primos escribían sus novedades, sus historias, sus penas y alegrías, las idas y venidas de una existencia pacífica y laboriosa. Algunas fotos y otras cosillas que acentuaban el cariño familiar: una flor desecada, una sutil pluma de colores, un retazo de la primorosa tela del vestido de una novia, una madrina, un bautizo… Pero este año la carta no estaba.

Días después, cuando mamá horneó el pan para el fin de semana, agregó la harina de la cajita y ató la cinta en el llavero detrás de la puerta de entrada. Entre el sábado y el domingo fuimos degustando los manjares. La salsa para la carne de la cena y un sorbo de vino italiano que nos regocijaron el alma. El desayuno del domingo de mermeladas y pan casero, acompañó la modorra del descanso. La pasta con conservas y aceite de oliva estuvo pantagruélica, después, papá convidó con una copita de licor, saboreada con deleite, mesura y discreción. Casi al atardecer, terminamos la merienda con más pan y dulces. Sí, el anual recibo de esos regalos comestibles era una pequeña fiesta familiar.

Y el lunes llegó el sobre que faltaba. Por un descuido se les olvidó ponerlo en la caja, por eso lo enviaron por correo desde Italia, unos días después. Una carta en letras rojas, grandes, explicaba la omisión y aclaraba, en pocas y sentidas palabras, que el abuelo, el más anciano de todos, había fallecido de manera inesperada y, casi a último momento, decidieron enviarnos a la familia argentina, sus cenizas en una pequeña caja, atada con cinta negra.